

***Yo y el otro***  
***Nuestra relación matrimonial y familiar***  
***vivida en Dios***

P. Carlos Avellaneda

Meditación Jueves Santo 2014

**Introducción**<sup>1</sup>

Buenas noches a todos. Como lo venimos haciendo estos últimos años, también hoy nos reunimos en la noche del Jueves Santo. En su última cena Jesús dio a sus amigos las últimas enseñanzas sobre el amor. En esta noche nosotros deseamos dejarnos iluminar una vez más acerca de cómo vivir nuestra relación de amor en la pareja y la familia.

Sabemos que la reflexión, la lectura, el acompañamiento espiritual o una terapia psicológica pueden ayudar a madurar, sanarnos y crecer. Pero creo que es el ejercicio cotidiano del amor lo que fundamentalmente nos hace madurar como personas libres y generosas. A amar se aprende amando y reflexionando acerca de cómo lo hacemos. Con una buena dosis de perseverancia sostenida por la gracia de Dios nos vamos convirtiendo en personas emocionalmente más lúcidas y espiritualmente más humildes porque podemos mejorar al rectificar nuestras equivocaciones. Es un aprendizaje lento que nos convierte en personas más maduras y libres. Aprendemos a vivir cuando convivimos, pudiendo dar lo mejor de nosotros y disculpándonos cuando nos equivocamos.

En esta semana el pueblo de la alianza –nuestros hermanos judíos– celebran *pesaj* y nosotros, la pascua de Cristo. Ellos celebran la liberación de la esclavitud y la constitución como un pueblo libre: el pueblo de Dios. Nosotros reconocemos en la pascua de Cristo la fuente de la más profunda libertad. El amor de Dios en nosotros –su gracia– nos rescata de nuestro encierro en omnipotencias o autodesprecios. “Esta es la libertad que nos ha dado Cristo” (Gálatas 5,1): soltar nuestra capacidad de salir de nosotros hacia los demás. Al exhortarnos al amor Jesús nos llama a salir de nuestro “yo” hacia el “otro” en un constante y liberador éxodo hacia la tierra prometida del “nosotros”. Se trata del encuentro de unos con otros donde se hace más fácil sentir la presencia de Dios (1 Juan 4,12).

Cuando vivimos en relación con “otro” somos más libres y autónomos, porque la verdadera autonomía es interdependiente. Depender de otro y que otro dependa de nosotros no

---

<sup>1</sup> La presente meditación está tomada de un libro que presentaré el **lunes 9 de junio** a las 20 hs en el Teatro de la Cova (Av. Libertador y Alvear, Martínez). El libro se llama: *Ama y serás libre. Yo, el otro, nosotros. Hacia una libertad vinculada*. Este texto es más amplio que el que presenté el jueves santo.

es lo que anula la libertad cuando uno y otro podemos ofrecernos como morada donde los dos podamos llegar y reposar. Ser libre no es andar suelto por la vida sin ligarse a nadie e impidiendo que los otros se unan a nosotros. Quizás el costo de ir tan suelto sea cargar con alguna adicción que es una dependencia no saludable. Si el crecer en libertad nos permite amar mejor, la práctica del amor nos va haciendo madurar en la verdadera libertad, aquella que no huye del otro, sino que va a su encuentro.

Les propongo recorrer cada una de las relaciones que conforman la trama de nuestra vida. Esas diferentes relaciones no se dan por separado en la realidad; de hecho, cada una nos afecta personalmente y por eso influyen de algún modo en las demás. Pero creo que nos será útil recorrer la relación de nuestro “yo” con los diversos “otros” de nuestra vida. Especialmente me gustaría que pudiéramos llegar a comprender que en una auténtica relación de amor el “otro” prevalece sobre “mí”. Esa primacía del otro no significa nuestra anulación o destrucción. Por supuesto que yo también importo, pero en una relación de amor auténtico el otro posee una espontánea primacía sobre mí ya que deseo vivir por y para ese otro. Tenemos que reconocer que amar no es dar al otro lo que “yo” quiero, si lo quiero y cuando lo quiero; sino más bien, querer libremente dar al otro lo que “él” necesita, cuándo y cómo lo necesita.

La reflexión nos conducirá hacia aquella experiencia que surge de nuestra unión con los demás: se trata de la vivencia del “nosotros” a la que me referiré sobre el final. Por un lado el “nosotros” nos precede porque todos nacemos y crecemos en el seno de un nosotros. Esto significa que todos los vínculos que “yo” pueda tramar con los “otros” de mi vida surgirán del “nosotros” en el cual me crie y en el cual vivo.

Siempre mis relaciones son vividas en un “contexto” que explican de algún modo mi manera de ser y relacionarme. Desde esta perspectiva podríamos decir que somos “hijos” de un contexto. Por otro lado el “nosotros” es fruto y consecuencia de la forma en que yo me abro al otro y él a mí. Esto quiere decir que también somos “padres” de los contextos que construimos con nuestra manera de convivir. Hay entonces una interacción, positiva y negativa, entre mi persona y el medio en el que crecí y ahora vivo. Soy influenciado por él y también puedo modificarlo. Tendremos oportunidad de profundizar en esto.

### **Una mirada a nuestros vínculos**

Una mujer dice: “Mi esposo no me ve, hace tiempo me convertí en invisible para él, su única preocupación es el trabajo”. Una niña recién llegada de la escuela le habla a su madre y le reclama: “¡Mamá mirame!”. “Pero hija, si te estoy escuchando” (mientras observa una mancha en su cocina). “Pero yo necesito que también me mires”. Un hombre se siente ignorado por su esposa y cuenta a su analista: “Mi mujer sólo tiene ojos para los chicos, yo no existo para ella, a lo sumo me ve como a un hijo más”. Un muchacho empezó a fumar marihuana porque se siente solo: “Yo no le importo a nadie, mis viejos ni me ven y mis hermanos menos, sólo con mis amigos me siento bien, sobre todo cuando fumamos”.

Son muchos los que en estos tiempos de tanta aceleración y ocupación sienten que no existen para sus allegados, que no son vistos. Las personas parecen vivir tan centradas en sí mismas, en sus necesidades, obligaciones, proyectos o temores que, aun cuando hagan muchas cosas con los demás y por los demás, las hacen sin mirarlos, sin reconocerlos ni dejarse afectar por el misterio del “otro”. De este modo la vida cotidiana se despersionaliza y no nos damos cuenta.

Nos hemos convertido en zombis que nos cruzamos por la vida, pero con nuestro contorno personal difuminado. Zombis sin rostro, sin mirada y sin belleza.

Cada vez con mayor frecuencia el otro –pareja, hijo, hermano, amigo o simplemente prójimo– no es reconocido ni confirmado como persona única e irreplicable, no es acogido por ser quien es y como es. Solemos vincularnos unos con otros desde nosotros mismos y en función de nuestras necesidades. Esta actitud egocéntrica distorsiona la identidad personal del otro que deja de ser él o ella y se convierte en lo que yo veo desde mis expectativas proyectadas sobre ellos.

Somos parte de una sociedad con una gran exaltación del individualismo y un acrecentamiento de las dimensiones más narcisistas de la personalidad que operan como una gran dificultad para la creación de vínculos. La alteridad está difuminada. La expresión “alteridad” alude a la condición original y propia de ese “otro” que es cada uno de los demás seres humanos; es la “otredad”, el carácter no sólo distinto, sino único, suyo y eminente de cada persona. La persona es tan absoluta en su unicidad que no permite que se la contemple como a una más entre la multitud, ni que se la cosifique o se la instrumentalice.

### **Nuestras relaciones de alteridad**

Las relaciones son recíprocas y especulares: el otro es como un espejo en el que se refleja más o menos cómo soy y cómo estoy; y a la vez, la manera en cómo me vea a mí mismo me devolverá una imagen del otro ante mí. Por eso, si sos esposo, antes de reprochar a tu mujer por su modo de tratarte, pensá si hay algo en vos que la llevó a ella a actuar así. Si sos cura y los jóvenes de tu parroquia te hacen el vacío, pensá cuál de tus actitudes pueden estar motivando esa distancia. Como padre o madre, antes de retar con severidad a tu hijo tan inquieto, preguntate si él no está reflejando un clima familiar tenso o conflictivo. Podríamos multiplicar ejemplos de situaciones donde las *relaciones de alteridad* son reveladoras y configuran nuestra identidad: nos dicen cómo somos y vivimos, y también nos ayudan a ser quiénes estamos llamados a ser.

La alteridad puede ser vivida como proximidad o como lejanía. En primer lugar es mi mirada la que me acerca o aleja del otro. Por eso la alteridad como reconocimiento del carácter único y distinto del otro, representa una invitación al encuentro con él. Se trata de un encuentro de mí mismo con él mismo, de mi realidad con la suya. Es un encuentro que no anula la distancia de lo distinto, más bien elimina la lejanía del prejuicio que deforma al otro convirtiéndolo en algo que no es. Sólo abriéndome al misterio personal del otro se podrá abolir toda distancia entre los dos: eso es la comunión. Será necesario salir de mí mismo hacia el otro. Esta salida no significa abandonar mis creencias, mis valores, mis perspectivas o mis necesidades; significa ser consciente de todo eso y abrirme a lo distinto y original del otro para encontrarme verdaderamente con él.

Por ejemplo, un marido que dice amar a su mujer debe ser suficientemente consciente de sus propias necesidades como hombre para poder pedir lo que espera recibir, aprendiendo a aceptar las reales posibilidades que ella tiene de satisfacerlo. De otro modo se vincularía con su esposa desde las propias carencias inconscientes y la forzaría a ser lo que él pretende de ella pero que ella no es. Su idealización inicial lo llevaría a la manipulación de su mujer, intentando forzarla a ser lo que él necesita que sea. Las consecuencias probables de esta actitud serían la frustración, el enojo y los reproches. Se generarían conflictos que podrían haberse evitado.

Pregúntense a qué se deben la mayoría de nuestros conflictos de relación con los demás. Probablemente descubrirán que no nos peleamos tanto a causa de lo que el otro es, sino de lo que

*no es* (y nosotros desearíamos que fuera). El rechazo de su alteridad, de que su ser “otro” no es reconocido ni aceptado, es lo que nos aleja de él impidiéndonos acogerlo como prójimo y unirnos a él.

Para aceptar al otro necesito estar en paz conmigo mismo. Mientras no viva en comunión con lo que yo soy ¿cómo podré entrar en comunión con lo que el otro es? Desencontrado de mí ¿cómo podría encontrarme con vos? Mi experiencia de acompañar a tantos matrimonios necesitados de mejorar su relación me ayudó a confirmar que, con frecuencia, en la base del conflicto de él con ella o de ella con él hay una dificultad de él con él o de ella con ella. La crisis de relación con el otro se origina muchas veces en una crisis con uno mismo, en los propios impedimentos para crecer y madurar, para aceptarse y amarse a sí mismo. La crisis de la mitad de la vida suele arrastrar a muchas parejas a la ruptura, porque el que la vive no reconoce que su conflicto no es primordialmente con el otro, sino consigo mismo, y que cambiar de pareja no es la solución a sus problemas personales.

El otro forma parte de mí y en algún sentido me constituye. “Gracias a vos puedo decir que soy quien ahora soy”, podría decirle un marido a su mujer. Es precisamente esta íntima proximidad entre el otro y yo la que genera tantas gratificaciones y también tantas confrontaciones.

Como vemos, el otro puede ser para mí un infierno o la salvación, la alienación o la realización de mí mismo. La presencia, la mirada y el trato del otro hacia mí pueden liberarme o sofocarme. Con frecuencia recibo a personas que vienen a compartir sus dolores y frustraciones experimentados a causa del otro: pareja, hijos, padres, parientes, amigos o allegados. Si el otro posee un enorme poder de daño sobre nosotros es precisamente por su singular capacidad benéfica en nuestra vida. Sólo quién puede ser una gracia para mí es capaz de convertirse en una desgracia. El otro puede ser un don para mí, alguien gracias al cual puedo ser más yo mismo. Parafraseando a san Pablo, podríamos decir que por la gracia del otro, yo soy lo que soy, sobre todo cuando ese otro es el Otro con mayúsculas: Dios (1 Corintios 15,10).

Un vínculo amoroso reclama nuestra más íntima subjetividad expuesta al encuentro con la del otro y viceversa. En el amor no se trata de estar juntos, sino de vivir íntimamente unidos. A los hombres y las mujeres les gusta vivir apasionadas experiencias de amor, pero muchos no han aprendido a entablar relaciones suficientemente maduras. Buscan el amor pero les cuesta amar; aspiran al gran amor de sus vidas y no siempre se disponen a construir un vínculo de respeto, aprecio, cuidado y ayuda. A través de la búsqueda del amor muchas veces se esconde el deseo de llenar el propio vacío, huir de la dolorosa soledad. Pero no querer estar solo no basta para poder vivir unidos, ya que el otro no puede convertirse en una posesión amorosa, aquella que satisface la propia necesidad de sentirse acompañado. Pretender vivir sentimientos intensos (y egocéntricos) de amor durante toda la vida sin ser capaces de actuar con generosidad y dedicación es exponerse a la frustración.

Necesitamos aprender a vivir la alteridad dando primacía al “otro” en nuestra vida, pero una alteridad que sea inclusiva de nuestro propio “yo”. Que yo pueda vivir con otros, para otros y gracias a otros, siendo yo. Esto es lo que llamamos una relación de amor. Al amar el “yo” se afirma en su propia negación, porque somos más nosotros mismos yendo hacia los otros y no hacia nosotros. No se trata de la negación a *ser* nosotros mismos, sino a *vivir para* nosotros mismos. Amar significa ser yo, siendo para otro.

Así como el amor de Dios es fundante de nuestra identidad más profunda, el verdadero amor humano, a su modo también funda y confirma nuestra alteridad. Cuando yo soy

verdaderamente amado me reconocen y aprecian en mi alteridad: yo soy yo y puedo serlo ante el otro porque él me ama. Y cuando amo a otro también lo confirmo en su alteridad: es otro, puede ser él o ella ante mí porque he aprendido a acogerlo tal como es.

Una gran parte de los malestares en nuestros vínculos amorosos se debe al hecho de que nos sentimos rechazados por aquellos que dicen que nos aman y también forzados a cambiar, como si no pudiéramos ser nosotros con los otros. “Estamos cansados de que nuestras esposas nos quieran cambiar para ser como ellas quieren que seamos”, decía un hombre en un grupo de matrimonios de largos años de casados; y añadía: “Ya somos grandes, que nos acepten”. Este típico reclamo masculino es comprensible, pero haciendo justicia a muchas mujeres, es necesario decir que detrás de los pedidos a sus maridos no necesariamente están ellas con sus expectativas insatisfechas, también está el genuino interés por sus esposos. Las mujeres saben qué es bueno para ellos y por eso se lo piden. Ya profundizaremos más adelante en esta cuestión.

Otra parte de los malestares en nuestras relaciones proviene de la sensación de ahogo y control provocada por los que nos quieren; sus actitudes invasivas, posesivas o demandantes en exceso nos sofocan, privándonos de la autonomía más elemental. “El amor personal –decía Romano Guardini– no comienza con un movimiento hacia el otro, sino con un retroceso ante él”. Amar es hacer el “espacio” para que el otro sea ante mí y así pueda ser él conmigo. Este dejar al otro ser él no puede ser una concesión, se trata más bien de una condición del verdadero amor. Un vínculo amoroso bien vivido transmite libertad y a la vez protección.

Pero el amor no sólo reconoce al otro respetándolo como tal, sino que lo acoge en un vínculo de pertenencia que es recíproca. Al amar no sólo digo “sí” a la *alteridad*, también y sobre todo digo “sí” a la *pertenencia*. Es un sí al otro como *mío* y un sí a pertenecerle como *suyo*. Cuando decimos “él es *mi* amigo”, “ella es *mi* esposa” o “él es *mi* hermano”, aludimos a esa mutua pertenencia: el otro es *mío* por el amor que le tengo y al amarlo, yo mismo me desapropio de mí hacia él haciéndome *suyo*. Que el otro sea *mío* –mi amigo, mi esposa, mi hermano– significa una sola cosa: que yo soy *suyo*, ya que por amor decidí vivir para él. Este amor nos vincula de tal modo que yo sigo siendo yo uniéndome íntimamente al otro que sigue siendo otro, y a la vez nos pertenecemos mutuamente disfrutando de ese hecho. Cuando gozamos de ser nosotros perteneciendo amorosamente a otro nos sentimos felices de estar vivos, nuestra vida está llena de sentido.

El verdadero amor preserva nuestra alteridad y la de la persona amada haciendo así posible la verdadera comunión. Unirme a otro significará renunciar a mis fantasías y exigencias sobre él. Unidos sólo pueden estar dos seres siendo cada uno verdaderamente sí mismo. Nadie puede estar realmente unido a otro mientras esté apegado a su fantasía sobre él o sobre sí mismo.

## **La alteridad fundante**

Nuestra primera relación con “otro” es la que mantuvimos con nuestros padres; primera desde el punto de vista cronológico, genético y psíquico. Es de ellos de quienes recibimos nuestra vida y por eso se trata de una relación fundante. Como nuestros primeros “otros”, ellos han influido en nuestra experiencia básica de la alteridad. Esta experiencia de la que hemos venido hablando nos devela la existencia del otro ante nosotros y entonces de nosotros ante él. El primer descubrimiento de la alteridad es a la vez el inicio de la configuración de nuestra identidad, de “quienes” somos cada uno de nosotros. En el plano psicológico, la *alteridad* y la *identidad*, como

percepción del otro y de uno mismo, son dos experiencias que están íntimamente unidas, una potencia a la otra. Es otro anterior a nosotros el que está llamado a potenciar nuestro ser propio.

La condición de persona/hijo representa como vivencia primordial un delicado equilibrio de pertenencia y libertad. Sin un vínculo de pertenencia filial nos sentiríamos abandonados, solos y en riesgo. Nuestra identidad se convertiría en un interrogante. ¿Quién soy, si no soy de nadie? Al revés, en una relación posesiva y sofocante con nuestros padres, nuestra originalidad personal se vería ahogada, sentiríamos la falta de autonomía y el temor de ser nosotros mismos. Así también nuestra subjetividad sería una duda. ¿Quién soy, si nunca me dejaron ser yo?

La experiencia de pertenencia y libertad en la crianza familiar va formando el sentimiento del propio *sí mismo* que no se extinguirá con la salida de la casa paterna, sino que se irá transformando. Será siempre una experiencia necesaria. Habrá otros vínculos de libre pertenencia que nos harán sentir nosotros mismos. A esos vínculos los llamamos amor: de esposos, de hermanos, de amigos, etc. Vivir en un sentido personal, siendo nosotros mismos en nuestra irreplicable originalidad, es posible gracias al amor experimentado. La persona sólo está viva cuando es amada y ama, esa es la experiencia fundante y confirmatoria de nuestra alteridad.

Como vemos, tratándose de la primera pertenencia amorosa, nuestra condición filial es tan fecunda como conflictiva. Tiene poder para enriquecernos y también traumarnos: somos beneficiarios, y a veces, víctimas de las relaciones vividas en casa.

### **La aceptación agradecida de sí mismo**

Nuestra existencia es una existencia recibida y nuestra personalidad se fue formando en la interacción con los primeros vínculos. Antes de nuestro protagonismo, ha sido el de los demás el que nos fue configurando. No somos en primer lugar quienes queremos ser, sino lo que podemos ser a partir de lo que hicieron con nosotros. El más imprescindible acto de nuestra libertad adulta es la aceptación agradecida de nosotros mismos, lo cual supone la reconciliación con nuestros padres. Sólo con esta aceptación filial podremos estar en paz con la realidad, la propia y la de los demás. Será una paz activa, no una resignación impotente y resentida. Una paz desde la cual podremos trabajar para enriquecer nuestra personalidad, reconociendo que, como dijo J. P. Sartre, "lo importante no es lo que han hecho de nosotros, sino lo que hacemos con lo que han hecho de nosotros". La auténtica libertad siempre partirá de la aceptación de la realidad.

### **El amor a los demás nos constituye como personas**

En el desarrollo de nuestra vida psíquica, la relación con esa primera alteridad que es la de nuestros padres hace las veces de base sobre la que se apoya nuestra personalidad en crecimiento. Abrirnos a ellos nos preparó para salir hacia los demás, hacia esos otros que son los hermanos. La *filial* nos conduce a la *fraternidad*.

Los otros fraternos más inmediatos han sido los de nuestra casa, luego los demás familiares, los compañeros de escuela y los amigos. Pero los círculos concéntricos de nuestras relaciones fraternas deberán expandirse sin otro límite que nuestra propia decisión. Hermano es lo que uno decide ser disponiéndose a reconocer en cada otro humano a alguien único a quien respetar, amar y servir.

Con esa decisión, todo hombre se convierte en mi hermano por el sólo hecho de ser él ante mí. El amor al otro, como respuesta personal a su presencia en mi vida, es la base de cualquier otro amor: entre esposos, hacia los hijos, con los amigos, etc. Quien se decidió a amar a otro está en condiciones de ser esposo, padre, amigo. Quien no se decidió a hacerlo podrá tener cónyuge, hijos o amigos, pero sus relaciones serán conflictivas a causa de su indisposición a vivir amorosamente reconociendo al otro como otro para sí mismo y entregándose a él.

La pregunta “¿Dónde está tu hermano?” (Génesis 4,9) siempre resonará en el oído de cada hombre, formulada una y otra vez por quien es Padre de todos. Al hacerme cargo de mi hermano que es cualquier otro y todo otro, Dios me dice que yo no puedo ser yo sin él, que abandone la fantasía narcisista de serlo todo y de ser único. Dios me revela el secreto de que quién soy cuando lo soy *con* y *para* el otro. La alteridad –yo y el otro– vivida en comunión –yo *con* y *para* el otro– es la realización de mi identidad y no su ruina. Soy más yo viviendo el amor. Es muy sugerente la frase del sabio anciano Hillel en el *Tratado de los padres* del Talmud: “Si yo no me ocupo de mí, ¿quién lo hará? Y si me ocupo sólo de mí, ¿qué soy?”

Cuando yo reconozco en cada otro ser humano la condición de hermano no se debe a sus cualidades, sino a mi modo de situarme ante él. Puede ser simpático o antipático, generoso o egoísta, creyente o agnóstico, pero no es esto lo que me lleva a amarlo como a un hermano. Lo que me llama a abrirme a él es la percepción de su ser único, propio y personal; semejante a mí pero distinto; como yo pero otro. En este sentido el verdadero amor fraternal es el amor a *todos* los seres humanos, no a algunos con exclusión de otros. Si no me dispongo a amar a todos los hombres no seré capaz de amar verdaderamente a ninguno. Amar sólo a una persona y ser indiferente al resto de los semejantes no es amor, es más bien una relación simbiótica y de apego egocéntrico. La disposición a amar es una orientación vital, es mi modo de situarme en el mundo ante todos los hombres.

## **El amor y la empatía**

La empatía es la forma en que las personas vivimos nuestra alteridad en comunión, nuestro ser distintos unos de otros y llegar a estar íntimamente unidos por el amor.

En su obra “Sobre el problema de la empatía”, Edith Stein ha descrito con hondura espiritual la dinámica de la empatía. Allí la fenomenóloga alemana distingue tres momentos. En *primer lugar* se da el percibir desde fuera la vivencia del otro. Lo que sucede no brota de mí. Lo que percibo me es ajeno, no me ocurre a mí. El *segundo momento* supone una transferencia de mí mismo dentro del otro, una cierta pérdida de la objetividad primera. Momentáneamente se pierde la distinción y se acorta la distancia porque se produce una inmersión en la subjetividad del otro, en lo que vive y siente. Esta inmersión espiritual en el mundo interno del otro me lleva a percibir desde él su propia vivencia como si fuera mía. Lo que no me ocurría a mí, ahora siento como si me estuviera aconteciendo, y mi yo queda oscurecido por un instante. El *tercer momento* supone una vuelta al propio yo, una recuperación de la distancia y de mi subjetividad que ahora se muestra trascendente a la del otro. Puedo explicitar la vivencia situándome frente a frente respecto del otro, con objetividad. Pero algo ha acontecido en mí: quedo inhabitado por lo ajeno en lo propio.

Cada uno de los tres momentos del proceso espiritual de la empatía es imprescindible. Necesito abrirme al otro percibiéndolo ante mí y dándome cuenta de que existe personalmente con su mundo interno de emociones y sentimientos. Luego deberé salir de mí –de mis intereses,

preocupaciones, temores o alegrías— para ingresar en el otro “descalzo”, escuchando su alma con la mía, hasta sentir lo que él siente, vivir lo que él vive, unirme íntimamente haciéndome uno con el otro. Finalmente será necesario que yo pueda recuperar la conciencia de mí, hacer viva la distancia de no ser el otro, sino yo, y darme cuenta de que jamás podré ocupar su lugar en la vida. No obstante, el fruto de la empatía será mi transformación espiritual: quedaré habitado por el acontecer del otro, mi mundo se habrá enriquecido y mi espíritu, dilatado. Habiendo salido de mí hacia el otro, uniendo mi vida a la suya, regreso finalmente a mí, que soy yo y no el otro, pero fecundado por el encuentro con él.

La mayor parte de las personas que me cuentan problemas que los afligen de verdad, confiesan que no podrían hablarlos con su pareja o con sus amigos. Dicen que ya han tenido malas experiencias y que, en general, sus consejos son superficiales e inadecuados: “Ellos no me entienden y me dan respuestas rápidas para sacarse de encima la cuestión”. Me pregunto entonces: ¿la relación matrimonial o la amistad no son acaso espacios de intimidad y comprensión? ¿Sólo sirven para compartir informaciones sobre cuestiones prácticas o triviales? ¿Para eso uno tiene cónyuge o amigos? Lo cierto es que escuchar con empatía al otro y comprenderlo desde sí mismo reclama de parte nuestra una vida interior que nos ponga en contacto con nosotros mismos y así poder hacerlo con los demás.

Animarse a escuchar lo que dice el propio corazón es la primera condición para comunicarse con otro. Si quiero escuchar y comprender a mis hermanos deberé abrirme paso entre mis gritos interiores, portavoces de algunos dolores; tendré que atravesar los ruidos generados por problemas pequeños o grandes de mi vida; distinguir la voz de mi “ego” herido, de la de mi “yo” que está detrás; advertir temores y rencores para no dejarme convencer por ellos; ejercitar el discernimiento guiado por la Palabra de Dios que conoce mis rincones más ocultos; y finalmente reconocermé en esa voz interior que me habita: soy yo quien hablo, me digo y necesito escucharme. ¿Qué me impide hacerlo habitualmente? Pueden ser muchas cosas, pero la principal es no permitirme el silencio, no ejercitarlo ni vivirlo.

Esta autopercepción se convierte entonces en el primer paso para llegar a percibir empáticamente a los otros. Escuchar con empatía significa sumergirnos en el mundo subjetivo de los demás y participar de su experiencia. Esto me permite mirar, escuchar y acoger al otro como otro, respetando su alteridad y tomando distancia de lo que yo siento o pienso. Nuestro interés amoroso está en el otro y no en nuestras razones, opiniones, interpretaciones o consejos. Nuestra disposición cordial y silenciosa le permitirá al otro expresarse, oírse y entregarse confiado al sentirse acogido con respeto.

### **La alteridad de la pareja**

Después de abordar la cuestión de las relaciones con los demás en un sentido amplio, considerando el amor como una capacidad referida a todo ser humano y no a algunos pocos, vamos a reflexionar ahora sobre las relaciones entre el hombre y la mujer. La alteridad en este ámbito significa aprender a amar como hombre a una mujer y como mujer a un hombre es un arte.

Veamos cómo funciona en hombres y mujeres nuestra capacidad de relacionarnos. Sabemos que la persona es intrínsecamente relacional, por eso “el otro” de algún modo forma parte de “mí”. La intimidad, el carácter espiritual e interior de la persona, está orientada a la



relación, apertura y entrega al otro. Esto significa que antes de vincularse, la persona posee ya en sí misma algo que concierne a los demás y que forma parte de sí misma, y es en algún sentido ella misma. Sin enajenarse en los otros, es decir, sin difuminar la propia identidad en los demás, la persona está sin embargo constituida por el otro hacia quien está naturalmente orientada. Ser hijo, hermano, esposo, padre, abuelo o prójimo, no son meros roles sociales que la persona cumple, son dimensiones constitutivas del propio yo. Es el otro a quien estoy esencialmente orientado el que me hace hijo, hermano, esposo o padre. Por eso ya hemos dicho que nuestro origen personal descansa en otra persona y nuestro destino nos conduce a una persona. Cada uno de nosotros es sí mismo siéndolo *desde* otro y *para* otro. La persona es un don recibido y entregado, y sólo vive como persona quien se reconoce proveniente de alguien y orientado a alguien.

Tomando en cuenta esta esencial dimensión relacional del hombre y la mujer, necesitamos comprender la diferente forma de vincularnos de uno y otro. El varón al darse a sí mismo sale de sí mismo. Saliendo de él se entrega a la mujer y se queda en ella. La mujer se da pero sin salir de ella. Es apertura pero acogiendo en ella. Su modo de darse es distinto al del varón y a la vez complementario, pues acoge al varón y a su amor. Sin la mujer el varón no tendría donde ir. Sin el varón la mujer no tendría qué acoge. Varón y mujer tienen dos modos de amar diferentes, aunque el amor es darse en ambos casos.

Desde esta perspectiva el amor masculino podría describirse como *éxtasis* –salida de sí– y el amor femenino como *intimidad* –acogida en sí–. En ambos casos el amor es *apertura al otro*, yendo hacia él o recibéndolo en sí. La experiencia nos confirma estas apreciaciones. El hombre está más orientado al *exterior*, a la acción en el mundo, a su transformación, a hacer historia, a prestar un servicio útil a los demás, a dejar su impronta y a ser reconocido por ella. Sus órganos y comportamiento sexual también se expresan externamente. Volcado a lo exterior, el motivo de la existencia del hombre parece estar más bien fuera. El hombre que llega a la mitad de la vida y mira hacia atrás se interroga más o menos así: “¿Qué he hecho de importante?, ¿cuáles fueron mis logros?, ¿he sido exitoso?” Por eso espera que su mujer lo aprecie por lo que él hace, vea sus esfuerzos y agradezca sus realizaciones. El hombre se frustra mucho cuando su esposa o sus hijos no valoran su dedicación al trabajo y su cansancio a causa de tantas batallas libradas para mejorar la posición económica de la familia. Un amigo me contaba alguna vez cuánto le molestaba que su mujer se obsesionara por lo que él “decía o no decía” y no valorase lo que “hacía” día tras día como modo de expresar su amor.

Por su parte, la mujer está más vinculada a la *interioridad*, también en lo que respecta a su sexualidad. Aunque volcada cada vez más al mundo exterior mediante su dedicación al trabajo, la investigación, el deporte, etc., la mujer se siente más afectada por lo que acontece en su intimidad que motivada por acontecimientos externos. Prioriza no tanto el mundo de las cosas, sino el de los afectos. Ella aprecia el vínculo afectivo antes que los hechos objetivos. Necesita primero pertenecer y luego tener. Pertenecer amorosamente a un hombre para luego tener con él hijos y familia, casa y trabajo. El mundo femenino es un mundo de personas, rostros y nombres, y se siente muy atraída por él. La innata sociabilidad y la espontánea generosidad femeninas son la expresión de que la mujer es ella siempre y cuando lo sea con otros y para otros. Posee un gran compromiso con la vida de los demás: familia, amigos, comunidad. Se sabe y se siente sede de la vida que surge en ella y desde ella. Cuando el hijo nace y está fuera de su madre, de algún modo, sigue estando siempre en ella. La mujer es sinónimo de interioridad, espacio habitable y morada donde es posible la vida. La mujer es el lugar donde llega el hombre y puede reposar.

## Hacerse hombre y ser mujer

¿Por qué al varón le cuesta más unirse íntimamente al mundo y a la mujer separarse de él? ¿Por qué el hombre expresa la distancia y la mujer la cercanía? Desde su infancia todos los niños tienen dos tareas básicas: vivir su identificación de género e individuarse como personas. Esto significa, por un lado, descubrir y dar forma a quiénes son como varón o mujer, y por otro, quiénes son como personas únicas e irrepetibles. Dado el papel fundamental de la madre en sus vidas, estos desafíos son vividos de manera muy diferente en un niño o una niña. Las niñas se identifican espontáneamente a sí mismas con sus madres, que están habitualmente a su lado, y así su sentido de identidad de género es una prolongación natural. Por su parte, los niños, si quieren definirse como masculinos, deben separarse físicamente de sus madres. Esto implica que los varones definen su identidad de género principalmente mediante la separación y la individuación, mientras que las niñas definen la suya mediante el apego y la identificación. Quizás por eso una chica es más hábil para establecer su identidad de género, pero menos para marcar su individualidad. Justo lo contrario que el chico. Para él hacerse hombre es una tarea ardua y la va aprendiendo, separándose y demarcando las fronteras de su yo que lo sitúan fuera del resto del mundo. Por eso, a lo largo de su vida el varón crecerá como un sujeto más autónomo, independiente y egocéntrico, que escapa a la intimidad por temor a ser poseído por la mujer.

¿Qué niño no escuchó alguna vez el mandato “¡hacete hombre!”, seguramente después de recibir algún golpe por una caída en la bicicleta o jugando a la pelota? Y hacerse hombre era no llorar, no quejarse, no mostrarse débil. Generalmente, los varones aprenden lo que no deben ser para ser masculinos antes que lo que son y pueden ser. No deben ser ni frágiles ni afeminados. Albergado en un vientre femenino, nacido de una mujer y alimentado por ella, el niño varón, al contrario de lo que le sucede a la mujer, se ve obligado a marcar diferencias durante la mayor parte de su vida. Sólo puede existir oponiéndose a su madre, a lo femenino, a su condición de bebé pasivo. Para hacer valer su identidad masculina deberá convencerse y convencer a los demás de que no es mujer ni un niño frágil. Cuando nace, el bebé se encuentra en un estado de pasividad y es totalmente dependiente de la mujer que lo nutre. Las consecuencias de esta experiencia no son las mismas en un chico que en una chica. En las chicas favorece la identificación con su propio sexo; en los chicos representa lo contrario de sus roles posteriores. Para hacerse hombre, el niño deberá aprender a diferenciarse de su madre y a esconder en su interior más profundo esa deliciosa pasividad en la que era uno con ella. Así, mientras que los procesos de identificación femenina son relacionales, los de la masculina son oposicionales. Desde la infancia hasta la edad adulta, la masculinidad es mucho más una reacción que una adhesión. El chico se afirma oponiéndose: “no soy mi madre, no soy un bebé, no soy una niña”. El varón siempre debe demostrar su virilidad y convencerse a sí mismo de su masculinidad.

Como vemos, la masculinidad parece definirse en primer lugar por lo que *no se es*. Lo que *se es* resulta mucho más difícil de aprender, sobre todo porque al alejarse de la madre, el varón quiere acercarse al padre para encontrar allí su identidad masculina y pistas directas y positivas de la virilidad, pero el padre probablemente esté física y emocionalmente más distante que la madre, cuando no ausente. El varón busca toda su vida al padre y con él su propio modo de ser hombre. Esa búsqueda, muchas veces de algún modo frustrada, hiere la capacidad para una intimidad masculina que el hombre anhela: la posibilidad de comunicarse desde el corazón con alguien como él. El resultado de esta dinámica es la inhabilidad, más o menos habitual en el varón, para entablar una comunicación íntima con sus allegados, en particular con su mujer y sus hijos. Y la

comunicación con sus amigos varones suele ser más sobre temas, eventualmente actividades y logros personales, que sobre su propio mundo emocional.

En oposición a la debilidad y dependencia infantil respecto de la madre y lo femenino, el varón asocia la masculinidad a cualidades que tengan como denominador común la *potencia*: saber, poder y tener, ser importante, ganar y sentirse orgulloso de sí mismo. Ahora bien, el hombre de hoy enfrenta cada vez más dificultades para concretar este ideal masculino. Hay una creciente distancia entre lo que se les demanda a los hombres y lo que de hecho ellos pueden. Esta contradicción es fuente permanente de conflictos para el varón actual, sobre todo viviendo en una sociedad que le permite cada vez menos el éxito y se lo exige cada vez más. La incertidumbre laboral, los problemas económicos y las dificultades para proveer, amenazan al hombre en su núcleo más íntimo, en el centro de su identidad masculina. El varón actual queda así más expuesto al fracaso ante la mirada de su mujer, su familia y su medio social, haciéndose más vulnerable. Y está claro también que la primera mirada ante la cual él puede sentirse fracasado como hombre es la propia.

Quizás por eso el hombre de hoy siente que nunca es suficientemente varón, que debería serlo más y mejor. El riesgo de la desvalorización es permanente. La inseguridad y la frustración lo acechan siempre: sentirse poco varón y fallar como hombre. El hombre no suele permitirse expresar esta debilidad porque el mandato cultural dice que él debe ser potente y aguantarlo todo, por eso suele caer en adicciones, somatizaciones, estallidos emocionales, ausencias o depresiones.

¿Y qué pasa con las mujeres? ¿Qué significa ser una mujer hoy? Ya vimos que las chicas son más hábiles para alcanzar su identidad de género pero menos para demarcar su individualidad. Esta afirmación tiene que ver más con lo psicológico por las explicaciones que ya hemos dado, pero desde el punto de vista social y cultural la mujer de hoy está protagonizando una gran transformación en la configuración de su identidad de género. Por un lado está desplegando una feminidad diferente de la de sus madres y abuelas. La masiva incursión en el mundo profesional o laboral le ha permitido desarrollar aspectos tradicionalmente asociados a lo masculino. Por otro lado, la mujer ha desarrollado una mayor autonomía económica e independencia emocional. Conservando su connatural facilidad para las relaciones y su tendencia al apego y la dependencia, la mujer actual se muestra mucho más independiente respecto de su vida, sus actividades y sus relaciones amorosas. Hoy ellas están más dispuestas a terminar un vínculo que no satisfaga sus expectativas de felicidad. En tal caso se tratará de una decisión difícil que las mujeres más jóvenes toman con mayor seguridad y las más experimentadas después de muchas luchas, cansancios y dolores acumulados.

### **Los sentimientos del varón y la mujer**

Que los hombres sentimos tanto como las mujeres es algo que no requiere mucho debate. Sin embargo la manera de vivir los sentimientos es diferente en unos y en otros. El hombre siente amor por su esposa, sus hijos, sus familiares y amigos, pero no necesita demostrarlo del mismo modo que la mujer. El hombre está habitado por muchos sentimientos y los expresa sobre todo mediante la acción: haciendo mucho por su familia, sus amigos, etc. En la actividad es donde el varón plasma lo que siente, privilegiando las tareas en favor de los que ama y dejando un poco de lado las palabras y los gestos afectuosos. Le cuesta darse cuenta de que hay otras formas de expresar sus sentimientos que el mero hacer y trabajar por los demás. Esta dificultad del varón

para poner en palabras y en gestos lo que siente genera habituales discusiones en la vida de la pareja. Es grande el disgusto que experimenta un hombre que todos los días sale temprano de su casa, se esfuerza trabajando a veces en condiciones adversas, sacrificando quizás gustos personales en favor de su familia, superando incluso tentaciones de infidelidad que en el mundo siempre están, y cuando vuelve a su casa y desea un poco de tranquilidad, su mujer le pregunta: “Amor, ¿me querés?”, o le reprocha por enésima vez más que él no le diga: “Te amo”. En esta escena hay dos frustraciones: la de la mujer que no puede ni quiere vivir sin escuchar que la aman y la del hombre porque su esposa no recibe el amor que él le da.

Ahora bien, aprender a expresar el afecto de otras formas es algo que el hombre no sólo le debe a su mujer y a sus hijos, sino en primer lugar a sí mismo. Está muy bien que los varones muestren su amor “haciendo” y “luchando” por los suyos, pero cuánto bien les haría expresar el amor con palabras sinceras y con gestos sencillos. El gesto y la palabra humanizarían al hombre fatigado de trabajar e inundarían de sensaciones placenteras a los suyos. Papá no sería sólo ese personaje cansado, a veces silencioso y otras quejoso, que llega a casa; sería también el hombre que cada tanto trae un chocolate o una flor, que regala una sonrisa o da un abrazo. Sin la expresión del afecto el hombre mismo deja de experimentarlo y esto tiene un costo. El aislamiento emocional deja al alma vacía, que por eso se desordena dando paso a reacciones intensas y descontroladas: ira, celos, tristeza, abatimiento, autoerotismo o erotismo volcado en relaciones superficiales.

El hombre adjudica tanta importancia al trabajo que su desmedida dedicación a él termina robándole aspectos valiosísimos de su personalidad, empobreciendo su sensibilidad, perjudicando su salud física y emocional, y atrofiando su espiritualidad. En estos casos, para compensar el estrés el hombre puede llegar a aislarse pasivamente frente a la televisión o la computadora, o bien a dedicar demasiado tiempo a su deporte favorito el fin de semana. Encerrado en sí mismo –en sus preocupaciones o en sus diversiones– el hombre se ausenta afectivamente de su familia y esto lo daña a él y lastima sus relaciones.

El contexto siempre explica las actitudes que asumimos y la manera en que nos vinculamos. Como veremos más adelante, los vínculos siempre son vínculos en contexto y las relaciones son recíprocas, generando círculos que retroalimentan a las personas, haciendo que vivan y se expresen de determinada manera. ¿Cómo podrá una mujer manifestar su cariño y pasión por un hombre que llega a la casa con cara amargada o apática? ¿Cómo un hombre podrá expresar su angustia a su esposa a causa de un problema con sus padres si ella lo reprenderá como a un niño? Sin darnos cuenta nuestra persona y nuestras actitudes transmiten a los demás sensaciones que habilitan o desmotivan la expresión de lo que pasa dentro de ellos. ¿Por qué este hombre puede ser tan simpático y sensible en su ámbito laboral, en especial con alguna compañera, y ser tan reservado u hosco con su propia esposa? También en ella y sus actitudes se puede encontrar una respuesta.

En algunas oportunidades, hombres mayores de 50 o 55 años me han confiado la transformación de su sensibilidad. Me dicen que necesitan encontrar más espacios de intimidad y diálogo con sus mujeres, pero que no los encuentran. El paso del tiempo ha dejado en estos “guerreros” de tantas batallas una necesidad más sentida de atención y dedicación de sus esposas. Ellos se han vuelto más espirituales y sensibles mientras que ellas están en una etapa de mayor extroversión hacia el mundo laboral, social y de voluntariado, o bien, dedicándose a los nietos que comienzan a llegar. Se muestran entonces menos disponibles a compartir momentos prolongados de encuentro con sus esposos. El correr de los años parece dar vuelta las necesidades que el hombre y la mujer poseían en la primera mitad de la vida cuando ellas reclamaban más intimidad y

ellos más independencia. Este cruce de expectativas e inversión de sensibilidades a lo largo de la historia matrimonial representa una prueba difícil para la comunión de los cónyuges. Superarla sólo es posible acogiendo íntimamente el misterio del otro, dándole lo que más necesita en cada etapa de su vida.

## **La comunicación**

La mujer es feliz comunicándose, y por lo general, al hombre no le pasa lo mismo. Al final del día, cuando los chicos se han ido a dormir, la mujer querrá hablar acerca de lo que le pasó en esa jornada y compartir también lo que su esposo vivió. Le parece algo normal y necesario. Ella siente gran frustración cuando su interlocutor permanece callado o ausente, sin ganas de contar lo que le pasó; y ni hablar si se queda dormido.

Con frecuencia compruebo que no hay nada más excitante para una mujer católica que participar de un retiro o jornada para matrimonios. Piensa: “Vamos a hablar, tendremos todo el tiempo para nosotros”. No les ocurre lo mismo a los hombres que, aun reconociendo el bien que podrá hacerles el retiro, sienten pereza de participar. “Uy, allí sí tendremos que hablar, no habrá escapatoria”, parecen sentir ellos ante la inminencia de la ocasión.

En la vida cotidiana, al culminar una jornada, el hombre necesita “desconectarse” casi en la misma medida en que la mujer busca “conectarse”. Mientras que a él le gusta dejar atrás lo que pasó durante el día, a ella le encanta traerlo a una conversación. A la mujer la descansa hablar, en cambio al hombre lo cansa y prefiere escucharla haciendo cada tanto algún comentario. Por el sentido del deber típicamente masculino, el hombre se concentra en su trabajo, en sus problemas financieros, en su preocupación por sus padres mayores, y cuando llega la noche necesita distraerse y relajarse. Además el varón suele afrontar los problemas encerrándose en sí mismo y tratando de encontrar por las suyas alguna solución.

El encierro no es sólo el modo en que los hombres nos reconcentramos para pensar, es sobre todo nuestra manera de enfrentar una cuestión mucho más importante: debajo de una dificultad que debemos resolver está en juego nuestra autoestima masculina. Ya dijimos que el poder y el éxito son sinónimos de virilidad; por eso, seamos conscientes o no de ello, los hombres sentimos que los problemas desafían nuestra potencia masculina. En el superar o no una dificultad creemos que se juega nuestra virilidad. Detrás de muchos silencios masculinos hay un secreto temor: el de no ser suficientemente hombre, no sólo ante los demás, sino ante uno mismo. El hombre gasta mucha energía psíquica intentando resolver estas cuestiones, por eso una conversación con su mujer le pide un esfuerzo extra que no tiene ganas de asumir. Muy distintas de nosotros, ellas gestionan sus problemas si pueden charlarlos con alguien, de modo que al hablar sienten alivio y reciben inspiración.

Esto no significa que el hombre sea incapaz de hablar y comunicarse, pero las circunstancias de tiempo y lugar lo condicionan más que a su mujer. Quizás le ayudaría salir a tomar un café con ella un día a la semana, caminar por el barrio el domingo por la tarde, cambiar de ambiente y tener tiempo libre con su mujer. Hacer juntos un paseo en auto a algún lugar no muy lejano suele crear un clima de intimidad natural que al hombre le hace más fácil hablar de temas que interesan a los dos.

Es bien sabido que mientras la mujer necesita hablar para sentirse acompañada y compartir, el hombre, por su parte, entiende esa comunicación como la escucha de cuestiones a

las que debe dar una respuesta o de problemas que él debe resolver. Como el hombre se siente protector y proveedor, se ve en la obligación de cuidar de los suyos y solucionar sus problemas. Pero en realidad no es una solución lo que principalmente espera la mujer, sino una escucha atenta e interesada de las cuestiones que plantea. Muchos hombres se aburren escuchando asuntos sobre los cuales no hace falta dar una respuesta o atendiendo a situaciones que no se pueden resolver. Entonces se distraen rápidamente de la conversación pensando en sus propias cosas o permaneciendo en silencio. Lo peor del caso es que la mujer vive este mutismo como una falta de amor.

### **Discusiones y conflictos en la pareja**

La alteridad entre varón y mujer que venimos exponiendo genera en la vida cotidiana atracción y complementariedad, pero también conflictos y discusiones. No es fácil vivir juntos toda una vida, abordando un sinnúmero de situaciones sin que entren en juego perspectivas diferentes, actitudes opuestas y conductas inadecuadas. Acá también recordamos que la alteridad no es la fuente de los conflictos; son las actitudes asumidas por el hombre y la mujer al resolver sus diferencias lo que provoca las peleas.

La experiencia nos dice que la mayoría de las discusiones en la pareja no son por cuestiones graves, sino por la forma en que se dicen las cosas y las actitudes que se asumen en la confrontación. En general las broncas no surgen del tema que las origina, sino de la forma en que se lo presenta o de la interpretación que cada uno le da en el contexto de la relación. Sabemos que las interpretaciones son siempre subjetivas ya que expresan el propio punto de vista y los sentimientos que surgen en cada uno por una determinada situación. De allí que discutiendo sobre cuestiones a veces insignificantes, muchas parejas terminan lastimándose con agresiones que surgen de sentimientos muy profundos que están en juego. El hombre siente que su mujer busca manejarlo con sus victimizaciones y acusaciones. La mujer se siente maltratada por la vehemencia y rigidez del trato de su esposo. Reproches e imputaciones cruzadas van provocando heridas que se acumulan, construyendo una invisible pero sentida muralla de distancia e incompreensión entre los dos.

Lo que está en juego en una discusión es un asunto a resolver, pero siempre y sobre todo, el sentimiento de valoración o menosprecio que uno siente de parte del otro. Esto nos dice que, en general, una pelea en la pareja no se debe en primer lugar a un tema objetivo, sino a la manera en que los cónyuges se tratan y se hablan. Una danza mal bailada de conductas defensivas, con el tiempo va dando forma a un vínculo enfermo. Se va del pelear para imponerse al hacer silencio para evadirse, del atacar puntos sensibles del otro al acusarlo por cuestiones ya pasadas.

La resolución de los problemas en la convivencia de una pareja requiere la habilidad para hablar sobre ellos. Esto significa en primer lugar no callar por mucho tiempo las dificultades que se presenten, porque la presión emocional irá creciendo y saldrá en algún momento de forma exagerada y violenta. Pero además será necesario decir lo que uno siente y piensa de forma delicada y serena, tratando de expresarse no con el deseo de vencer al otro en la discusión, sino de compartir el propio sentir y parecer.

En una consulta hecha a amigos y amigas sobre estas cuestiones, ambos géneros coincidían en lo mismo: “Ella –decían los hombres–, él –decían las mujeres– nunca me da la razón, nunca reconoce sus errores, y por eso, nunca me pide perdón”. Esta actitud defensiva y vanidosa

hace difícil la convivencia, y aunque haya otro montón de motivos por los cuales un hombre y una mujer siguen eligiendo vivir juntos, la incapacidad para resolver sus diferencias va minando la comunión.

Alguna vez le escuché a un amigo un argumento que él había deducido de su experiencia matrimonial. Decía que las mujeres tienen una irresistible necesidad de discutir, y que no les importa tanto estar de acuerdo como litigar con el hombre para interactuar con él. Cenando juntos, me contaba: “Un día me cansé de tantas discusiones con mi mujer y resolví darle siempre la razón a ella. Le decía: ‘sí querida, está bien querida, es verdad lo que decís querida’, intentando de ese modo que me dejara tranquilo y así poder seguir con lo mío. Pero ella parecía no querer tener razón. Ella quería continuar la discusión, quería seguir apegada a mí y comunicarse conmigo aunque más no fuera con una disputa”.

### **“Mi mujer no se cansa de corregirme”**

Ya dijimos que una de las maneras en que el hombre busca expresar su amor masculino es siendo útil y queriendo solucionar los problemas a su mujer, aunque esto no sea lo que ella espera de él. Lo hace con buena voluntad porque lo suyo es más “hacer” que “comunicarse” y “escuchar”. También hablamos acerca de la frustración que la mujer experimenta cuando su esposo no es capaz de escucharla y contenerla. De modo semejante la mujer tiene una típica forma de expresar al esposo su amor de mujer que lo frustra y mortifica. Las mujeres suelen insistirles a sus maridos que cambien y mejoren, corrigiéndolos y reclamándoles tomar más iniciativas. Nada molesta más a una mujer que la pasividad de su marido o su falta de interés por superarse.

Son innumerables las correcciones que una mujer puede hacer a su esposo. Pareciera que ella no puede ni quiere callarlas; siempre le hace saber lo que no funciona de él o anda mal entre ellos. Y aun en el caso de que el hombre haga cambios favorables, la mujer siempre encontrará algo nuevo para reclamarle. Esta actitud la convierte en una perpetua insatisfecha, en demandante y exigente. Le confiere un perfil antipático y poco seductor que ahuyenta todo acercamiento, lo cual es comprensible: cualquiera evitaría el encuentro con alguien a quien sabe que le debe algo. Los reclamos constantes no son convocantes. Nunca olvidaré un encuentro de matrimonios en una de mis parroquias donde ambos géneros debatían por separado qué era lo que sus cónyuges esperaban de ellos. Debían anotar en un papel afiche esa cuestión. Cuando llegó el momento de compartir lo escrito en el papel, ellas expresaron prolijamente lo que habían pensado juntas. Por su parte, como en el grupo de los esposos habían sido tantos los reclamos de sus mujeres, ellos acudieron a un recurso tramposo: con todo desparpajo el líder del grupo mostró el afiche totalmente en blanco y dijo: “Señoras, es tanto lo que les debemos que nos declaramos en *default*. No escribimos nada porque no podemos pagar tanto”. Mientras yo no podía parar de reír, ellas bramaban.

Cuando esta característica de la relación se agudiza con los años, el vínculo matrimonial termina pareciéndose al de una madre cargosa con su hijo rebelde; así la reciprocidad de la pareja adulta se pierde. En esos casos la mujer adquiere el peor perfil maternal, se vuelve exigente y correctiva; y el hombre asume la postura del caprichoso y contestatario. El orgullo masculino se ve afectado cuando un hombre es tratado como un chico que no sabe hacer las cosas o que no las quiere hacer. También es cierto que el hombre muchas veces cae en conductas infantiles o adolescentes, obligando a su mujer a asumir el lugar de madre en la relación con él.

Un amigo casado me decía alguna vez que las mujeres son muy 'intensas' insistiéndoles que cambien, pero reconocía que: "... en ocasiones logran que seamos mejores personas".

### **Vida sexual**

El amor sexual que une a los esposos en cuerpo y alma provoca un sentimiento de fusión que permite superar la angustia de la separación y la individualidad. Por eso la pasión sexual no satisface necesidades puramente fisiológicas, sino que colma la personalidad total de cada uno de los amantes al provocar la comunión de los dos. Tanto el hombre como la mujer poseen el anhelo de sentirse amados y la sexualidad hace posible la satisfacción de esta necesidad tan profunda de la persona humana. El encuentro sexual permite realimentar el sentimiento de libertad, confianza y vitalidad de los esposos. Además sana la autoestima de las personas pues brinda la experiencia de ser digno de ser amado y de la propia bondad, experiencia que quizás ha sido insuficiente desde la infancia o ha sido herida.

### **Ámense como yo los he amado**

Amar es un arte que se aprende gracias a la misma dinámica vincular de la pareja. Según dijimos, se trata de aprender a amar como hombre a una mujer y como mujer a un hombre. En el amor de los esposos, la mujer necesita que su marido sea un hombre y éste espera que ella sea mujer. Aquí quedan excluidas actitudes de inequidad como el paternalismo o el maternalismo, el infantilismo o el autoritarismo. La reciprocidad amorosa desafía a cada cónyuge a vivir el amor adulto de hombre y de mujer. Por ser recíproco este amor entre los dos, la falla de uno siempre quedará en evidencia ante el otro. Los desequilibrios en la pareja piden crecer como hombre y madurar como mujer. La danza del amor la baila la pareja junta y no uno solo, por eso deja al descubierto las virtudes y los errores de ambos. No sirven las acusaciones y reproches, sólo ayudan la reparación y el perdón.

### **Amor paterno**

A lo largo de mi vida pastoral he podido acompañar a una gran cantidad de padres que viven felices con sus hijos, gozando y sufriendo por ellos. Nada parece hacer más feliz a una persona que ser padre o madre y nada da tantos dolores de cabeza como la paternidad y la maternidad. Una inacabable tensión entre satisfacciones y frustraciones, gozos y angustias suele acompañar la vida de los padres.

Cuando un hombre y una mujer se abren a la paternidad están respondiendo a una necesidad y asumiendo un destino, están dando su sí a un llamado y haciéndose cargo de sus consecuencias. La vida de sus hijos les irá revelando la gloria y la cruz de la paternidad. Lo hará poco a poco, porque la vida es sabia y los ayuda a no renunciar a la cruz cuando ya aceptaron la gloria. Es precisamente en la gloria donde está la cruz, porque la gloria de la paternidad es dar vida a otro y la cruz es aceptar que esa vida no pertenece a los padres porque es precisamente vida donada.



El momento culmen de la madurez de un hombre y una mujer se da con la decisión de comunicar *de sí mismo* el ser a otro, haciéndolo precisamente otro. Por eso se dice que este niño es hijo *de* estos padres, aludiendo no sólo a una pertenencia, sino a un origen: *de sí mismos* los padres dieron el ser a su hijo. No fabricando algo controlable, sino engendrando un ser personal, es decir, con vida propia. Los padres dan al hijo su vida y celebran que sea suya sólo cuando en su paternidad se dan a sí mismos, negándose a cualquier apropiación.

No son pocos los padres que viven un vínculo de apropiación con sus hijos; lo hacen al menos de dos maneras. Una es presionándolos con exigencias que es una forma de proyectar sobre ellos sus propios deseos y ambiciones. En este caso los hijos son tomados como una prolongación de los padres, como aquellos que pueden llevar a un punto culmen imaginario la historia de excelencia familiar o la exitosa trayectoria profesional de uno de los padres. En sentido inverso, la opresión puede también provenir de la necesidad de los padres de compensar frustraciones propias mediante el logro y la superación de los hijos. En ambas situaciones la presión sobre los chicos puede ser muy mortificante. La otra manera de apropiarse de un hijo es aparentemente más indolora y placentera para él. Es el caso de los padres sobreprotectores que no privan de nada a sus chicos y desean que no sufran ni tengan que esforzarse para conseguir nada. Detrás de esta aparente generosidad hay en realidad una actitud posesiva y dominante, ya que mientras un hijo dependa totalmente de sus padres, aun a pesar de su mayoría de edad, ellos tendrán control sobre él.

### **La relación con Dios. ¿Es Dios un “otro”?**

Cuando hablamos de las relaciones en Dios intentamos describir un misterio secreto y trascendente del cual ignoramos mucho más de lo que conocemos, ante el cual es más apropiado el silencio que las palabras. “Dios es tan grande que no podemos comprenderlo” (Job 36,26) y “si lo comprendiste, ése no es Dios”, dice san Agustín. Por eso hablar de alteridad en Dios es expresar algo sólo de modo análogo.

Ahora bien, siguiendo el curso de nuestras reflexiones y mirando en este caso a Dios en su relación con el mundo y el hombre, podríamos preguntarnos: ¿Dios es un “otro” para nosotros? ¿Somos nosotros un “otro” para él? ¿Es Dios un “otro” como podría serlo alguien cualquiera presente en nuestra vida? En referencia a él ¿de qué alteridad hablamos? Estas no son preguntas meramente especulativas. Dependiendo de las respuestas que les demos nos inclinaremos a vivir de una u otra forma nuestra amistad con Dios. Las preguntas aluden entonces a nuestro vínculo con él.

Cada uno de nosotros se relaciona con Dios conforme a la imagen que tenga de él. ¿Cuál es esa imagen? ¿Cómo representamos a Dios? ¿Es alguien cercano o lejano? ¿Interior o exterior a nosotros? ¿Fiable o cuestionable? Seguramente a esa representación sobre él corresponda una imagen de nosotros mismos. Así como yo siento y creo que soy (aún de modo inconsciente) así armaré en mi interior la idea que tenga de Dios.

Así podemos comprender que por la creación Dios está presente de modo incesante en el ser del mundo y en nosotros, y lo está “íntimamente” (Santo Tomás de Aquino). Nosotros somos y el mundo es porque Dios es “en” nosotros y “en” el mundo. San Agustín pudo hacer esa experiencia de Dios y la expresó en el libro *Confesiones*: “Tú estabas dentro de mí, más interior

que lo más íntimo mío”. Esto significa que en nuestra subjetividad más personal, en aquello que somos más nosotros mismos, allí está Dios.

La Biblia nos revela esta presencia con un lenguaje más plástico. Dice que el Señor comunica su aliento a las creaturas y entonces ellas existen; y si les quita su aliento, expiran (Salmo 104). “Si él retirara hacia sí su soplo y recogiera hacia sí su aliento de vida, todos los vivientes expirarían a la vez y los hombres volverían al polvo (Job 34,14-15). El aliento de Dios es su mismo e íntimo ser que da vida al mundo, en especial, al hombre (Génesis 2,7). En nuestra oración, podemos respirar profundamente y convertir esta afirmación en una experiencia personal, diciendo: “A mí me hizo el soplo de Dios, el aliento del Todopoderoso me dio la vida” (Job 33,4). Estoy vivo y puedo dar gracias por ello porque Dios sopla sobre mí, su soplo en mí, soy yo mismo.

Tratándose de la máxima trascendencia y de la máxima inmanencia pensables, la alteridad divina representa un bello desafío para nuestra fe. Creer será aprender a vivir a Dios como Señor, “el único Señor” (Deuteronomio 5,4), y a la vez, como íntimo “amigo de los hombres” (Sabiduría 1,6; Juan 15,15). Un misterio de infinita lejanía y extrema cercanía convoca nuestra fe. ¿Por qué tantas veces hemos sentido a Dios cerca y otras tantas lejos? ¿Por qué su alteridad a veces nos resulta íntima y amigable y otras alejada y distante? Necesitamos aceptar que, en su misterio, Dios se nos revela y se nos oculta. Y precisamente su ocultamiento es revelador. Dios nunca será lo obvio, siempre será más, mucho más que lo que podamos aprehender con nuestros pensamientos o sentimientos. La revelación bíblica no devela el misterio divino, lo comunica. Lo hace siempre con imágenes que nos ayudan a conocer y sentir a Dios cerca a condición de que no lo identifiquemos con ellas (Éxodo 20,4).

La alteridad divina es entonces su trascendencia: Dios es infinitamente más que la creatura. Completemos aquí el texto ya citado de san Agustín en *Confesiones*: “Tú estabas dentro de mí, más interior que lo más íntimo mío y más alto que lo más elevado de mí”. Dios es lo más íntimo mío pero más alto que lo más elevado mío. Dios me habita intimísimamente y me trasciende infinitamente. Esta trascendencia-alteridad de Dios no lo hace separado y alejado; al contrario, él es inmanencia extrema, él es en su creación. Dios está en todas las cosas y todas ellas están en Dios.

La misteriosa alteridad de Dios es la más íntima al hombre, y a la vez, la más lejana, porque nuestro más profundo centro es aquello de lo cual más apartados nos encontramos a causa de la frialdad de nuestro amor. Nadie más distante al ser humano que el divino, y sin embargo, nadie más cercano al hombre que Dios por el amor con que él nos ama. Su alteridad es amorosa, no fría y displicente. Sólo el amor tiene el poder de anular toda distancia en la vida del hombre, en especial aquella que lo separa de Dios. Sólo mediante “el amor se une el alma con Dios; y así cuantos más grados de amor tuviere, tanto más profundamente entra en Dios y se concentra en él... porque el amor más fuerte es más unitivo” (San Juan de la Cruz).